

JORGE ELIECER BASTIDAS PADILLA

Licenciado en Filosofía y Letras, Especialista en Orientación Educativa y Desarrollo Humano,
Cofundador del Taller de Escritores “Awasca”, Universidad de Nariño.
jebastidaspadilla@hotmail.com

EL PEZ GATO

Había aparecido como por encanto, como surgido del suelo de un momento a otro, el enorme y sucio sombrero caído sobre sus ojos, dejaba ver muy poco de su rostro, solo se apreciaba una sonrisa entre burlona e inocente y, por qué no, casi malévola, sus dientes blanquísimos, parejos como granos de maíz, estaban bordeados a lado y lado de unos pequeños colmillos que le daban la apariencia de un pequeño y perverso vampiro, estaba allí, como esperándome, desde hace rato, mucho rato.

- Señor, dijo con una voz que retumbó en mis desprevenidos tímpanos, era la voz más musical y limpia que jamás haya escuchado.

- Le vendo el pez gato- y estirándome sus pequeñas pero bien cuidadas manos, me dejó ver un plato pando con escasas gotas de agua donde nadaba a sus anchas el pez más extraño que hayan visto jamás mis ojos; sus diminutos ojos amarillo rojizos, daban la sensación de una brasa de candela que lo observaba todo, su cabeza aplanada y lisa, estaba bordeada por unos finos hilos a manera de bigotes en artístico arabesco, de su boca, sobresalían dos pequeños apéndices como si fueran colmillos, y a pesar de los violentos coletazos que daba, el agua mantenía la calma y ni una sola gota de agua-salpicaba el aire.

No supe en qué momento me encontré con esa rara maravilla entre las manos, me sentí liviano, como flotando en el aire, y solo el eco de una risa infantil y traviesa me hizo apartar la vista del pez, el niño, ya no estaba por parte alguna; el largo camino a casa, solo fue cuestión de instantes. Ese fue un amor a primera vista, “Chilpas”, el enorme Doberman que ahora me acompañaba, me esperaba en la puerta, como el primer día que apareció en ella, sin más ni más, ese día, abrí la puerta y el animal entró como “perro por su casa”, ahora estaba allí, mirándome con sus ojos melados, con sus pequeñas y puntiagudas orejas, casi que acechando.

- Te traje un compañero, le dije, ahora tienes que cuidarlo.

Entré pisando despacito para que el agua del plato pando, no se regara y busqué con afán un recipiente más profundo dónde poner el pez y tiré como al descuido unas migas de pan al agua con la idea que le servirían de alimento, por un momento, perdí de vista la pecera, al volver, estaba llena de burbujas, el pez, giraba enloquecido, sus diminutos ojos amarillo rojizos, trazaban un círculo candente que parecía iluminar toda la habitación, giraba y se retorció como atacado de epilepsia; el ruido ensordecedor de afuera, rompió el hechizo de la maravilla a la que mis ojos, no daban crédito.

Afuera, “Chilpas”, gruñía y ladraba, daba la sensación de estar librando una terrible y feroz batalla, lo que me obligó a salir de inmediato, pero fue demasiado tarde, los vecinos se arremolinaban tras las ventanas de sus casas, sin poder creer lo que estaban viendo, el perro era

levantado en el aire como si fuera un juguete al tiempo que lanzaba violentas y terribles tarascadas que se perdían en el vacío; el Doberman, agonizaba a mis pies en medio de un charco de sangre, que por sus enormes y profundas heridas, supe que no había esperanza de salvación alguna.

Al día siguiente, lo enterré en el jardín casi llorando, a “Chilpas”, siempre lo consideré como mi única familia, no tengo recuerdo de afectos paternos ni maternos, él llenó el enorme vacío del que solo pude darme cuenta cuando nos vimos por primera vez. Poseído de una ira incontenible, mascullando maldiciones entré a la casa. ...mis ojos se fueron cubriendo de una espesa niebla que caía irremediable, un escalofrío recorría mi cuerpo como una verdadera estampida, “Chilpas”, a mi lado, lamía la sangre de unas heridas que no sentía, mis últimos momentos solo sirvieron para ver recortarse en la jamba de la puerta, la figura del niño que con su enorme sombrero, me miró fijamente con sus ojos encendidos y dijo:

- Vengo por mi pez, alguien más lo necesita- empezó a silbar una tonada extraña, el animal saltó de la pecera y se alejó brincando tras el niño, alegre como el más grande de todos los felinos.

Señor, le vendo el pez gato...

DESTELLO

Sinzonte, miró para todos los lados, sus pequeños ojos giraron inquietos arqueando su cabeza de lado a lado, algo no andaba bien, un ruido un murmullo extraño zumbaba en el ambiente. Miró con detenimiento todo cuanto le rodeaba, las flores, los árboles, los jardines vecinos, pensó en sus amigos y en las maravillas de sus días, nada mejor que un cielo profundamente azul, nada mejor que un exquisito y espléndido gusano, nada más sensacional para calmar la sed, que una trasnochada y cristalina gota de rocío, pero nada más sublime que su canto en oración regalado por el cielo.

Una explosión de luz brillo intensamente frente a sus ojos penetrándolo sin misericordia alguna, giro su pequeña cabeza hacia arriba sintiendo que una fabulosa y cálida corriente de aire, lo invitaba a subir y subir y subir hasta la copa más alta de los árboles, se sintió águila, cerró sus ojos, recogió sus tiernas patas y en un acto heroico extendió sus alas para ser llevado a un lugar que nunca pensó alcanzar.

Desde allí, todo lo miró como la primera vez con sus ojos nuevos, lleno de maravilla y con un mundo entero por volar, pero aún no se explicaba que hacía en la punta del mundo que ahora sus ojos abarcaban como nunca, un nuevo destello de luz ilumino sus mente y entonces lo comprendió todo y supo desde ancestros, que ningún pájaro llega al cielo si antes no ha subido a la copa más alta y desde allí canta su última y mejor canción para caer luego como un sediento rayo y besar la tierra que nunca jamás, lo volverá a ver.

PLENILUNIO

Smartzon, había nacido en plenilunio, su madre una poderosa hembra persa, poseedora de una belleza y voluptuosidad casi bíblicas, lo miró de reojo antes de levantarse sigilosa como si tratara de esconder su peor pecado, la verdad es que ella se lo había buscado, ese vecino suyo, no estaba como para dejarlo pasar de largo, y él, que no estaba ciego ni era autista como para ignorarla y no ceder a sus requiebros amorosos, termino con la libido incendiada, pero pensando siempre,

que todo lo que había que hacer con respecto al amor, había que hacerlo por la noche, pues corría menos riesgo de encontrarse con un par de ojos indiscretos.

Después de esto, en su casa nadie dijo nada, simplemente se limitaron a ignorarla y este fue su peor castigo, sus constantes salidas nocturnas con o sin motivo, dejaron de preocupar a los demás. Se sentía sola, abandonada, su amante vecino se trasteó de casa, de la noche a la mañana o simplemente se fue con otra porque no lo volvió a ver ni en las curvas y pensó en lo que tantas veces había escuchado en su casa: “indio comido, indio ido.”

Una corriente de aire entró por una hendidura de la puerta y cayó sobre Smartzon, como un baldado de agua, un temblor lo recorrió de punta a punta, se sentía desnudo, los humores líquidos de su madre, aun yacían sobre la cama, lo que contribuía a aumentar su sensación de frío. La oscuridad era total, su intento por mirar algo, era desconsolador, todo ruido en la situación en que se encontraba, era francamente amenazador, recostó como pudo todo el peso de cuerpo sobre el lado derecho y rodó un poco alejándose del frío y la humedad que lo rodeaba.

Smartzon, desafiando las leyes de la naturaleza, abrió los ojos a destiempo y lo que vio frente a él, no era nada halagador, dos inquisidores ojos lo examinaban como disfrutando de antemano una succulenta cena, estaba solo y a merced de ese otro ser que no le quitaba los ojos de encima, Smartzon, entre la niebla de sus ojos recién abiertos, pudo mirar un rostro alargado rodeado por unos pelillos a manera de bigotes, a los lados, casi sobre su cabeza, se levantaban dos pequeñas orejas puntiagudas que lo acabaron de inquietar. Smartzon, no había heredado de sus ancestros, los eternos ojos de tristeza y melancolía, los suyos eran grandes y redondos como una luna llena y con unas montañitas de oro en cada uno.

Su madre, según cuentan, provenía de la casa de los Aqueménidas, ella y sus hermanas, fueron siempre las consentidas de su tío Jerjes, y se vino trayendo en su cara, un par de esmeraldas que ya las hubiera querido tener Carranza, eran unas esmeraldas alargadas que ya las hubiera querido Cleopatra para sus orejas, eran sospechosas y sospechaban de todo el mundo y que en nada se parecían a los que Smartzon tenía... ¿sería acaso un mutante? Sin quererlo, se desperezó lentamente y entre los nudillos de sus manos, fueron asomando unas diminutas y arqueadas extensiones, que en el futuro sembrarían de terror entre quienes se atrevieran a desafiarlo y ponerse al alcance de sus garfios, ya no le cupo duda, la casquivana de su madre se había metido con Wolverine y para bien o para mal, le había heredado los mortales cuchillos.

La primera y última tarascada, se perdió en el aire, los instintos, son los instintos y Smartzon, era todo instinto, algo le dijo que se dejara rodar nuevamente, la vida pende a veces de unos cuantos centímetros, cuando la vio venir, Smartzon lanzó un grito de auxilio que fue escuchado por su madre, el espacio que los separaba, fue borrado en cuestión de segundos, la enorme gata persa, cayó como una maldición apocalíptica sobre su ancestral presa que sintió en sus carnes incrustarse colmillos y cuchillos que Smartzon, aún no estaba en capacidad de usar, entonces Smartzon, aprendió, que los odios y temores ancestrales, son eternamente irreconciliables.

ONÍRICO

La huelga había demorado demasiado tiempo, la remisión de pacientes hacia otros lugares, era caótica, las urgencias casi siempre eran demasiado tardías y lo que en un momento eran pacientes, pasaban sin remedio a engrosar las frías estadísticas de los fallecidos por el temido

paseo de la muerte. Conrado, supo, que lo suyo, aquí, no tenía caso, así que su traslado fue irremediable y necesario.

La ciudad amanecía vaporosa, lenta, desgana. La pertinaz llovizna y el hastío diario, parecía la constante, desde que se presentó la epidemia. Nicolás, su viejo amigo de ires y venires, le había ofrecido la estadía en su casa, tenía años de no verlo y le pareció una buena oportunidad para desatrasarse de todo lo acontecido desde entonces. Era una casita, regada con matas ornamentales por todos los lados, lo que le daba un aire de fresco jardín, parecía como sacada de un cuento.

- Conrado, ella es mi esposa Mercedes, este es el amigo de quien tanto te he hablado, estará aquí por un tiempo.

Levanté la vista desde mis papeles, para encontrarme con unos ojos que me estremecieron, eran de un azul helado, profundo, casi metálico que lo traspasaban todo, haciéndolo sentir a uno vacío; su pequeña mano tendida con delicadeza, hacia la diferencia, era tierna, cálida fuerte y lo traía a uno de regreso a este mundo.

- Bien venido, Nico siempre habla de Ud.

- Gracias, procuraré no ocasionarles muchas molestias, será solo por unos pocos días.

- Puedes quedarte el tiempo que quieras, esta es y será siempre tu casa, además, casi nadie nos visita, el abandono y el olvido se nos ha venido encima con toda su maleza.

Las idas y venidas entre la casa de Nico y las oficinas del Seguro, se me hicieron eternas y procuraba llegar lo más tarde posible a la casa de Nico. la presencia de mi amigo eran casi un alivio para mí, me sentía más tranquilo, más seguro.

Mi estadía se prolongó más tiempo del planeado, poco a poco el pequeño y acogedor espacio vital de la casa, se me hizo familiar y como una pírrica victoria, pude sostener de vez en cuando aunque por breves segundos la mirada de Mercedes, para luego con cualquier pretexto salir de casa casi en estampida, lleno de zozobra, de incertidumbre, a mi regreso, me encontraba con su boca llena de sonrisas tiernas, delicadas, burlonas, parecía que se complacía en ver los efectos que en mí, causaba su mirada para desaparecer luego en cualquier recodo de la casa, mientras yo temblaba azorado, empecé a sentirme temeroso, avergonzado frente a la mirada abierta y franca de mi amigo.

Aquel día, la mesita del comedor estaba adornada primorosamente con un mantel rustico de color verde, la mesa contenía golosinas como para saciar el hambre del hombre más exigente y tuve la sensación primigenia de una despedida y llevado por este pensamiento, sin pensarlo dije:

- Debo irme mañana, todo aquí, para mí, ha terminado, las cosas parecen ser iguales en todas partes, la tramitología mata tanto o más que la enfermedad.

Tuve la impresión que mis palabras no fueron escuchadas, era como si simplemente lo hubiera pensado, mis palabras cayeron en el vacío, el silencio fue absoluto, miré de reojo a Mercedes y ya no estaba en su lugar, Nico, se levantó de prisa diciendo:

- ¡Diantres! Se me hizo tarde, hablaremos de eso luego.

Se levantó de prisa, se hecho unos rollos de alambre bajo el brazo y salió casi que a propósito.

Con un sabor amargo en la boca y una terrible sensación de soledad, me levante despacio, ella, se entretenía falsamente limpiando unos trastes de cocina, estaba vuelta de espaldas, ignorándome, un airecillo suave y con olor a monte se filtró por la puerta de la cocina, alborotando un mechón de su pelo rubio.

- Mercedes, muchas gracias por todas sus atenciones, es mejor que me vaya ahora, iré a ver a Nico al trabajo, para despedirme.

Tendí mi mano y trate de dar un paso hacia ella, pero no pude, me quede allí, clavado al piso, suplicando en mi corazón, que no me mirara, solo quería sentir lo que estaba sintiendo, y no quería saber lo que ya presentía, se acercó con la cabeza baja mientras un esquivo rayo de luz caía sorprendido para iluminarlo todo, lanzó un profundo sollozo, sus ojos se clavaron en mí por última vez, esos ojos azules que lo penetraban todo, haciéndome añicos el alma, se llevó las manos a la cara, dio media vuelta y saliendo al jardín, se perdió entre unos matorrales.

Nunca supe cuánto tiempo me quedé allí, petrificado, ni cuánto tiempo estuvo Nico detrás de mí, con una voz tierna, triste y casi cavernosa, me dijo:

- ¿Tú, también la ves? Amigo, ¿tú, también la ves? Desde ahora, nunca más estaremos solos.

Su voz, se fue diluyendo en mis oídos como llevada de tumbo en tumbo por el viento. Desde la acera de enfrente, volví la cabeza por última vez y me quedé congelado al encontrarme con una pared en ruinas, invadidas por una maleza que nada lo perdona, al fondo, sobre un desvencijado mesón que pudo ser una cocina, vagaban a su antojo hordas de pequeños animales en sana convivencia.

Después de ese entonces, nunca hubo para mí, después.

EL RÍO

El camino pedregoso y lleno de vegetación, nos impedía avanzar con rapidez y ver que había más allá de los arbustos, el murmullo del río aún lejano, se confundía con el sonido de las hojas azotadas por el viento y el calor húmedo del monte tropical, nos pegaba la ropa al cuerpo como si fuera una segunda piel.

En la lejanía, un hilo de plata, se deslizaba como una enorme serpiente blanca, la sinuosidad de sus curvas así nos lo hizo imaginar, fuimos atraídos a sus orillas irremediamente y nos lanzamos a sus aguas sin pensar en nuestra ropa.

El sonido cercano de motores nos alertó de inmediato y disparo nuestra curiosidad, pues por esos lados, no se conocía ni había carretera alguna, bastó volvernos a mirar para ponernos de acuerdo, avanzamos lenta y cuidadosamente entre la espesa vegetación y nos dimos de manos aboca con unas enormes maquinas amarillas que arrasaban con voracidad todo cuanto tenían a su alcance, cerca de ellas, unos hombres sucios, oscuros de lodo y tierra, se disputaban casi a mordiscos unas brillantes piedras de color amarillo o negro o verde, la ferocidad de su actitud y el haber visto unos hombres armados hasta los dientes, nos hizo retroceder con la misma cautela con la que habíamos llegado.

Se nos vinieron encima los recuerdos de un río, con sus aguas de un azul verdoso, que dejaban ver con plena claridad cristalinos peces que deambulaban de un lado a otro, donde de niños jugábamos con ellos, dejándolos correr entre los coquitos de aguas que hacíamos con nuestras pequeñas manos, un poco más arriba, una alborotada bola de jóvenes adolescentes, se lanzaban casi en actitud suicida, desde el techo de un puente colgante para caer como una saetas en el vientre de las aguas que los esperaba para cubrirlos con las burbujas que dejaban.

Poco a poco y por culpa de nuestra indiferencia, el color y el caudal de las aguas se fue perdiendo, un color sucio y terroso lo fue invadiendo todo, los pequeños peces que un día platinaron las aguas del río, desaparecieron de nuestros ojos, la tristeza, el asombro, a partir de entonces, fue el pan de cada día.

Pasaron y pasaron los días, los niños y los jóvenes, volvían y volvían a buscar su río, pero el río, irremediablemente moría, entonces, volvieron sus ojos al cielo, buscando los cristales que cayeran, pero el cielo se había vuelto tan azul, que dolía mirarlo, las nubes de antaño habían desaparecido también, como un rebaño de ovejas a las que el malvado lobo hubiese devorado.

Darío, el más pequeño del grupo, comento en el pueblo lo que habíamos visto en el monte, la noticia se rego como pólvora y a partir de entonces, solo se hablaba en susurros con palabras a medio terminar y todos miraban a todos de soslayo y se fue creando un ambiente tenso.

El viejo Andrés, veterano de todas las guerras, mascullo para sus adentros, mientras escupía una saliva oscura y maloliente del tabaco que mascaba: “Hay que devolverle la vida al río”, sus palabras silenciosas fueron recogidas por el eco y empezaron a rodar por valles y laderas, por montañas y hondonadas y se fueron repitiendo y repitiendo hasta convertirse en imperativos gritos.

- ¡Vienen los indios, vienen los indios!

Nunca se supo quién grito, todos fuimos saliendo de las casas, los ancestrales y únicos dueños de la tierra, venían ataviados con sayas de mil colores, con sus pies desnudos que amasaban la tierra, en sus manos traían duros bastones entregados desde ancestros por Orisaya Kamawuari para que gobernaran a los hombres y cuidaran de la tierra, sus ojos negros como espesas tempestades, miraban más allá del horizonte y su boca traía un cantico de guerra: “Hay de devolverle la vida al hermano río, hay que devolverle la vida al hermano río, porque el río es la sangre de la madre tierra”.

Arrastrados por la magia de su canto como un remolino, nos fuimos amalgamando con su sangre que tronaba y fuimos una sola sangre y fuimos una sola carne a la hora de devolverle la vida al río, para que todo fuera como en los primeros tiempos del padre Orisaya Kamawuari.

¡Zuummmmm!, un sonido rojizo paso silbando entre nosotros y el viejo Andrés, caía de rodillas, besando una tierra que jamás volvería a ver.

Un indio enorme que no habíamos visto hasta entonces, surgió como si fueran todos y fue creciendo y creciendo hasta abarcarlo todo y tomamos de sus manos las piedras rojas, las piedras negras, las piedras amarillas, las piedras verdes y se las devolvimos al vientre de la tierra y así, espantamos al hombre malo que fue tragado para siempre por el corazón de la montaña.

- ¡El río ha vuelto, el río ha vuelto!

Rumbante, con sus aguas cantarinas, sonoro, tempestuoso como recién nacido, llegaba nuestro río, trayendo los desaparecidos peces que saltarines y alegres caían en los brazos de los niños, para adornar su fuerza y bendecir sus sueños, sus escamas refulgentes, les cerraban a los jóvenes sus ojos y se escapaban alegres para luego para campear sobre el alma de la tierra.

GODOFREDA

En medio de la tormenta, nadie la vio llegar, pero ella, ya estaba ahí, altiva como una reina, entró sin mirar a nadie, pedaleando, hasta llegar a la única curva que el pueblo tenía, se bajó parsimoniosa y abrió las puertas de una casa que hasta entonces nadie había notado. Siempre estaba ahí, entrando y saliendo de las casas ahogadas y ciegas, dejando atrás la impecable huella de un trabajo perfecto, trabajo que la gente olvidaba de inmediato y se dedicaba a disfrutar de las comodidades reconstruidas, como si fuera la cosa más natural del mundo.

Pedalear incansable por la única calle de ese repentino pueblo, parecía ser otro de los destinos de Godofreda, subía y bajaba de la noche a la mañana, ejerciendo su oficio de fontanera y electricista de nacimiento, algunos juraban que la habían visto hasta dormir hasta con la bicicleta entre las piernas. Nunca antes, las gotas de lluvia habían sido tan grandes y tan pesadas, el agua entraba clandestina, sin parar, irremediable, por todas partes, el cielo se reventaba escandaloso a cada nada, regando de luz esporádica y violenta los techos y las calles; por entre la espesa niebla y las cerradas cortinas de agua, se fue recortando una silueta traslúcida jadeante, que lanzando agónicos gemidos, se diluía con el estrepito del viento; solo el aliento maternal de Godofreda, pudo dar por terminada la tormenta.

Al bajarse de su bicicleta, Godofreda, tenía un aire señorial, distinguido; infuso, con sus dos cabezas y sus cuatro brazos, luminoso, como recién descendido de los cielos, caminaba a su lado con los ojos repletos de asombro; sólo los que lograron devolver el agua de sus alvéolos pulmonares, tuvieron el inefable privilegio de verlo pasar, con los mil y un misterios del universo, girando por todo su transparente cuerpo. Respiraron con alivio y se dedicaron a esperar con impaciencia que todas las cosas volvieran a su lugar.

Sin agotar un segundo del medio día, ella, impajaritable, doblaba la esquina del pueblo y regresaba renovada a la media noche, cada vez más niña, más virginal y más pequeña, hasta el punto de verla pasar simplemente sentada en el galápago de su bicicleta. Infuso, con sus cuatro brazos y sus dos cabezas, se pasaba recortando el tiempo a la mitad, el pueblo lucio ruboroso, brillante, con sus cañerías clamantes de agua, holgadas, casi secas.

Ese día, las caras enmarcadas por las ventanas del pueblo, se volvieron a llenar del miedo ancestral de siempre, Godofreda, no apareció, sólo estaba su bicicleta arrimada al portal de la casa, lozana, lustrosa, llena de enjundia, había llegado la hora, el día por siempre esperado en que Infuso, con sus dos cabezas y sus cuatro brazos la miraría apasionado, la tomaría con sus manos, abriría sus temblorosas piernas y la haría el ser más dichoso del universo... ¡la montaría lujurioso por primera vez!

Se paseó como un príncipe, pretencioso, miró de arriba abajo, y dobló por primera y última vez la única esquina del pueblo, siguió pedaleando interminable, dejando atrás un cielo que se hacía pedazos y un pueblo que se ahogaba a oscuras, porque con él, perdieron su última esperanza.

EL VIEJO ROBLE

Se dice que se dice y se cuenta que se cuenta, que había un pueblo, donde sus habitantes vivían de manera poco racional, los invadían los temores, los agüeros tontos, los malos presagios y toda clase de creencias equivocadas que hacía a los adultos, seres infelices, solo los niños estaban libres de esas cadenas.

Don Carlos, el más viejo de todos los ancianos, acostumbró siempre desde su primera infancia, recostarse junto al ahora viejo roble, que el mismo había sembrado y que al decir de algunos, era el único hijo que había tenido, y que al decir de otros, era el único bien que había heredado de su difunto padre, el caso es que con el pasar del tiempo, aprendieron a crecer y envejecer juntos a tal punto que la piel del viejo Antonio, fue tomando las características del viejo roble, cuando se dormía junto a él, la gente no lo distinguía, y más de una vez fue atropellado, el último incidente lo tuvo el Alcalde del pueblo, quien dio con su rechoncha humanidad contra el polvo del camino, al día siguiente, decreto que cada que ocurriera algo malo en el pueblo, el árbol debería ser azotado, cosa que se volvió costumbre entre la gente y no faltaban pretextos para hacerlo y cosa curiosa, cada que azotaban el árbol, el cuerpo del viejo Antonio, se fue llenando de profundas heridas y duras cicatrices y una noche en que se quedó dormido junto a sus raíces, el árbol lo tomo y para protegerlo, lo hizo parte de sus ramas más altas.

Si alguien amaba a los niños, en ese pueblo, era el viejo Carlos, los niños, se escapaban de sus casas para escuchar de sus labios maravillosas narraciones, la escuela, había perdido su encanto y no faltó quien por ello culpaba al roble y los padres de familia se pusieron de acuerdo para azotar al roble, los niños que todo lo ven, que todo lo oyen, que todo lo saben, y que no en vano se dice que “donde hay niños no hay diablo que valga”, también se pusieron de acuerdo para protegerlo y al día siguiente madrugaron a rodearlo con sus brazos, con sus risas y sus cantos y danzaron hasta el anochecer el árbol, los amo tanto, que los convirtió en bellas flores, en hermosos frutos, el brillantes hojas de todos los colores, y así, del pueblo, desaparecieron todos los niños, ahora decían que el árbol estaba embrujado y ya nadie se atrevió a hacerle daño.

También se dice que se dice y se cuenta que se cuenta, que, a la gente de ese pueblo, se le fueron secando los ojos, porque nadie dormía, pues el canto y la risa de los niños, se alborotaba con la menor ráfaga de viento, a otros, también se les fueron secando de tanto mirar el horizonte, buscando los niños, creyendo que se fueron.

Un día, una ojerosa y casi ya ciega anciana, se enteró en sueños del secreto del añoso roble y sintiendo su final cercano visito al árbol y pidiéndole perdón le dijo: “Don Carlos, Don Carlitos”, como solía decirle cariñosamente, me ha contado en sueños tu secreto, tú tienes algo más que mis tristes años, mi final está cercano y deseo morir en paz, déjame ver a mi pequeño nieto, aunque fuese por última vez”.

Se cuenta que se cuenta y se dice que se dice, que el viejo roble se compadeció de ella y dejó caer entre sus manos, la flor más maravillosa diciéndole: “toma esta flor y ponla al pie de los altares y vuelve mañana entre los primeros albos del día, y aquí estará tu nieto, guárdame el secreto y dile a tu gente, que de hoy en adelante cuiden y siembren muchos, pero muchos árboles, que por cada cien árboles que siembren y que cuiden, yo dejare caer solo en noches de plenilunio, una hoja, una flor, un fruto y solo entonces, los niños volverán al pueblo a alborotarlo con su risa y con su canto.

Se cuenta que se cuenta, que la gente escucho con esperanza el relato de la anciana, ahora, al pie del añoso roble habían muchas pero muchas golosinas que en las noches desaparecían como por encanto en medio de algarabías y sonoras carcajadas, los maestros de la escuela, rompieron las paredes y sus clases las dictaban al pie de las enormes raíces ya salidas por el tiempo, también allí se daban cita, los ancianos del pueblo, para relatar las más bellas historias jamás contadas, mientras los más jóvenes y fuertes, sembraban árboles y cuidaban de la tierra.

Eso se dice que se dice y eso se cuenta que se cuenta.

TIEMPOS DE GUERRA

Todo había empezado con la lluvia, las pequeñas manos temblorosas, de Carolina, se entretenían haciendo un croché mientras trataba en vano de organizar sus recuerdos que esquivos se escondían en los resquicios del tiempo y los lugares; como al descuido, tiró su mirada hacia un rincón del destartado cuarto y encontró a su vengativo gato jugando con un pequeño ratoncillo que ya se había resignado a cumplir con la divisa del comer y ser comido, Carolina, se quedó esperando el desenlace, en ese momento, no habían más testigos, el victimario, aseguró su presa con una zarpa mientras levantaba los ojos hacia su dueña con un desdén insospechado, eran tiempos de guerra y nadie estaba a salvo.

Por el resquicio de la añosa ventana como ninguna, se filtró intempestiva una corriente de aire frío que estremeció a Carolina y de paso arrastró a una mosca para estrellarla contra una vieja telaraña que insospechadamente resistió el empuje inesperado de los malos tiempos, dos ojillos diminutos, como pequeños puntos de un escrito ineludible, miraban fijamente a su nueva presa que inútilmente se debatía en una red que ya tenía sus historias bien marcadas, nada que hacer, todos los tiempos han sido tiempos de conquistas, tiempos de la guerra y nadie estaba a salvo.

Las relaciones de Otto, con Cuchipe, nunca fueron buenas, el enorme San Bernardo entró como una tromba al desvencijado cuarto llevándose por delante el pequeño cuerpo de su dueña que salió por la ventana como una hoja al viento para quedar tendido en el duro pavimento de la calle, Cuchipe, con los pelos erizados, se perdió entre los tejados más cercanos, con la certeza de que estos eran tiempos de guerra y nadie estaba a salvo

FINAL

Todo era confuso, colores, figuras, sonidos que retumbaban entre las viejas paredes de esa alcoba, todo era insensato, desordenado, de sus tempestades juveniles, no eran muchos los vestigios que quedaban, el tiempo le había pasado ya su carta de renuncia, ahora, para nada servirían sus disculpas inventadas; quiso levantarse, pero ya no pudo, la madrugada de sus noches con sus días, lo había vencido, no opuso resistencia, cerró los ojos y pensó que lo pasado, esta pasado y desechó la idea de traer a su memoria aquél recuerdo que sin maletas, se perdió en el horizonte, aquella fotografía que siempre lo miró con insistencia, la tiró en esa esquina para que la contraluz lo protegiera de sus pálidos pecados y de todos sus arrepentimientos que los había tirado a la basura, entrecerró los ojos y se arrellanó lo mejor que pudo, su viejo jergón, esta vez no lo protegería de las inclemencias del invierno y, además, ya no lo necesitaba porque para donde iba, había que estar desnudo, desnudo de culpas y también desnudo de su vieja ropa.

GASPAR

Gaspar, había nacido con los ojos negros y de tanto mirar el mar, se le volvieron azules, desde temprana edad, dio muestras de habilidades marinas poco comunes, con frecuencia era consultado por los viejos pescadores antes de salir a sus faenas, empezó haciendo barquitos de papel que nada tenían que envidiarle a los verdaderos y eran comprados casi de arrebato por los turistas y gentes del mismo puerto, nunca se supo de su procedencia, simplemente apareció allí un día cualquiera y se confundió con los demás chicos de la barriada que jugaban alborozados con enormes pelotas de trapo o de papel, sus amigos, en no pocas ocasiones lo siguieron a escondidas para ver dónde vivía, pero siempre se les perdía al doblar cualquier esquina, para cuando sus amigos volvían, él, ya estaba en el campo del juego haciendo las delicias de los espectadores ociosos que no se explicaban la maravilla de sus goles.

Una mañana, Gaspar no llegó a la cancha de juegos, sus amigos lo esperaron en vano, sencillamente desapareció, se dieron a la tarea de buscarlo, pero todo fue infructuoso, nadie dio razón, así como nadie dio razón de su llegada, Gaspar se había esfumado. Para cuando regresó al puerto de la misma manera que había llegado la primera vez, Gaspar ya había navegado por algo más de siete mares, durante mucho tiempo, fue la “joya de la corona” en el puerto, los navieros, se peleaban su capitanía, hasta tener los ribetes de una vendetta, se lo jugaban a las cartas, finalmente le asignaron un número en la lotería de la nación.

Con su llegada, se rumoraba, que, en el fondo del mar, yacían incontables buques y marineros que salieron airoso de otros puertos, que Gaspar, manejaba siempre una brújula indecisa, que se podían contar con los dedos de la mano y sobraban dedos, los pocos marineros que habían sobrevivido y que allende el mar, era conocido como el rey de los naufragios. Se decía, que navieros grandes y pequeños se echaban a temblar cuando en la distancia se veía regresar a Gaspar luchando a brazo partido con las olas, que los marineros de tierra, sabían que había llegado la hora que siempre quisieron posponer, que el príncipe de los naufragios, estaba designado desde la eternidad para ser sembrador de barcos y marinos en los insondables abismos del mar.

Gaspar, hizo la riqueza del puerto, y qué decir de los navieros, sus barcos eran perseguidos por los grandes bancos de peces que inexplicablemente saltaban por sí solos a la cubierta, para regresar al puerto inclinados a babor o estribor, por la proa o por la popa amenazando con hundirse.

Nunca tuvo tiempo de hacer un hogar, de tener una vivienda, no se le conoció mujer alguna ni siquiera en las tabernas, tan pronto llegaba a puerto, era recibido con cantos y fanfarrias y conducido en hombros hasta la lujosa mansión del naviero de turno donde era atendido de la noche a la mañana con las más finas bebidas mientras duraba el descargue y se alistaba la siguiente rifa y el siguiente barco para su salida, cuando Gaspar estaba ya en calidad de bulto por haber bebido tanto, era sacado de la casa por los empleados y mandado a botar a cualquier callejón del puerto, de donde era recogido nuevamente y llevado al siguiente barco casi en estado de inconciencia, allí era tirado en la cubierta como un pez olvidado hasta que el furor de la resaca lo despertaba.

Como el tiempo nada lo perdona, el rostro de Gaspar, se empezó a llenar de profundas huellas casi de manera prematura, los navieros empezaron a considerar, que Gaspar, ya tenía fecha de vencimiento, que sus salidas al mar, ya no eran tan rentables como al principio, así lo fueron

orillando poco a poco, como viejo marinero, ahora tenía que vérselas casi a pan y agua, rondaba pensativo por los andenes de madera que crujían a su paso de una manera tormentosa, sus ojos miraban de soslayo, los imponentes barcos que no hace poco estuvieron bajo su mando, las barcazas y balandras que sus amigos más cercanos le proporcionaban simplemente por la vieja amistad que habían tenido, mar adentro, eran un solo lamento de maderas que inexplicablemente no se desintegraban a pesar del violento oleaje que las azotaba, más de uno le dejó su vieja balandra con la esperanza escondida que el mar diera buena cuenta de ella, pero, para su desencanto, siempre volvía con una pesca inexplicable que nadie quería comprar porque decían que tenía pacto con ciertos seres del más allá.

Su tez, curtida por el mar, era casi iluminada por unos ojos que parecían cambiar de color a cada instante, su constante trasegar por los andenes, empezaron a incomodar a los navieros y pescadores de alguna monta, decían que se sentían amenazados porque Gaspar, no quitaba los ojos de encima de cada uno de esos barcos que antaño fueron sus amantes, así que decidieron conseguirle un madero y nombrarlo como vigilante de los mismos, Gaspar guardó silencio y solo lo vieron hacer su ronda en noches de luna llena, siempre se quedaba mirando más allá del horizonte.

Ese día, las tinieblas de abril fueron rotas en el puerto por un extraño barco al parecer abandonado y que nadie, absolutamente nadie lo vio venir a excepción de Gaspar, que lo miró deslizarse sobre las aguas como un puma en acecho, casi flotando en el aire y fue el primero en abordarlo, cuando la niebla se despejó, pudo examinarlo y recorrerlo de punta a punta, las leyes del mar dicen que todo barco abandonado y sin tripulación alguna era posesión del primero que lo aborde.

Sin duda, era un barco extraño como aquellos que en su niñez Gaspar elaboraba, traía en la cubierta algunos sargazos enredados, las anémonas parecían salir de los cuartos en una danza alegre, piedras coralinas luminosas adornaban los rincones, las paredes brillantes parecían trabajadas en cobre y estaban como recién pulidas, todo lo fue inspeccionando con ojo clínico, en el cuarto de máquinas, los motores parecían recién instalados, tenían un suave ronroneo como de gato acariciado, ni una mota de polvo, nada que pareciera haber sido usado recientemente, satisfecho, Gaspar volvió a cubierta y dijo:

- Todo está en su lugar como la última vez, al tiempo que devolvía al mar los sargazos, las anémonas y las piedras coralinas.

Proclamó y certificó su propiedad ante las autoridades del puerto, la bola, como era de esperarse, corrió por las calles del puerto como reguero de pólvora, todos querían verlo, tocarlo, subirse a él, había que ver a Gaspar con su traje reluciente de Capitán marinero, pasearse de proa a popa con la naturalidad más impresionante como si siempre hubiese estado en él, ahora, parecía rejuvenecido, sobre todo esto y mucho más, se hicieron toda clase de especulaciones, los navieros del puerto, no podían dar crédito a lo que sus ojos veían, no resistieron la tentación de subirse a él, subieron, bajaron, se volvieron a subir y llegaron a la conclusión, que ese era mucho barco para Gaspar, viejo lobo marinero y con fecha de vencimiento al que hace poco, según ellos, le quedaban bien solo las viejas balandras que se podrían en el abandono y la soledad de un oscuro rincón del puerto, así que se reunieron en secreto y como en los viejos tiempos, sometieron a sorteo, quién se quedaría con el barco.

Don Eduardo, el mayor naviero del puerto, salió favorecido, así que lo más pronto que pudo, con zalamerías emborracho a Gaspar, le hizo firmar una escritura de venta, que fue debidamente certificada por testigos, que siempre fueron tenidos por gente honorable por parte del supuesto comprador y fue prontamente autenticada en la notaría del puerto, para cuando Gaspar despertó, no tenía un solo centavo de la dichosa venta, pues le dijeron que todo se lo había bebido, no había nada que hacer, el documento era legal.

Poseedor de esa rara joya marina, Don Eduardo, se alistó para el mayor viaje de su vida, toda la gente del puerto se arremolinó para verlo partir, se palmoteaba, se agitaban pañuelos, pequeñas banderas, gritos y vivas atronaban el aire, el nuevo propietario se paseaba con gran donaire por la cubierta del extraño barco, Gaspar, alejado de la muchedumbre, con sus profundos ojos azules, lo vio partir.

¡Pobre gente! Dijo para sus adentros.

El barco, se movía con lentitud como para que todos los apreciaran, ¡era magnífico! Poco a poco se fue acercando al horizonte, desde allá, brillaba como una estrella, para perderse tras una ráfaga de luz que encgueció todos, y la tormenta arreció como desatando sus poderes bíblicos. Gaspar, viejo lobo marinerero de más de siete mares, dio la media vuelta con una extraña sonrisa entre sus labios, el más intenso de todos los relámpagos brilló en sus ojos y siguió caminando por los andenes de madera que crujían.

- Ya volverás, ya volverás, se fue musitando por lo bajo. mientras se perdía entre las sombras de un pueblo que amenazaba con desaparecer.

LA CRIPTA

¡Tremendos centímetros!, era como siempre lo había soñado, ahora sí que supo del poder que tenía entre las piernas. Ella, con su ropa negra ceñida al cuerpo como si fuera una segunda piel, abrió las suyas, y con una inclinación de cuarenta y cinco grados, encajó su cuerpo para comprobar lo perfecto de lo cóncavo y convexo. Nunca importaron las distancias y el tiempo siempre estuvo a su favor. Ahora, juntos en su cripta, recuerdan sus locuras, sus amores y el sueño realizado por primera vez.

MAI MAKÚ-EL MENSAJERO

Nunca supo el tiempo que llevaba perdido en la maleza de esa jungla, a diario improvisaba caminos, ensayaba imaginarios senderos marcados por las pisadas de animales, desembocando siempre en orillas de ríos y quebradas cuando no al filo de despeñaderos que parecían no tener fin; tampoco supo, cuando su ropa dejó de ser ropa y ni cuando sus zapatos desaparecieron para ser reemplazados por cortezas duras arrancadas de los árboles y luego por sus pies desnudos, anchos y callosos de tanto pisar el suelo, solo le quedaba una vieja mochila que constantemente rellenaba con barbáchas para que le sirviera de cabecera cuando el cansancio lo rendía o cuando él creía que la noche, se le venía encima.

El nuevo camino, era demasiado pedregoso, las afiladas aristas de algunas rocas, amenazaban con romper sus pies, era un camino largo que, como un eco lejano oyó el murmullo del agua, sus sentidos se habían agudizado tanto, que incluso creyó oler el agua, olfateando como un animal, encaminó sus pasos hacia donde su instinto primario lo llevaba, su paso se hacía lento,

cuidadoso pero estaba decidido a llegar, el hambre y la sed lo acosaban y no tenía ni idea de cuando comió el último bocado, ni cuando se tomó el último sorbo de agua, oyó cuando algo se resquebrajó bajo uno de sus pies, y sintió el profundo corte hasta en los huesos, antes que el dolor lo invadiera, bajó la mirada y se encontró con fragmentos de algo que parecía vidrio, no pensó en la herida, se inclinó y recogió hasta el último pedazo, escarbó entre las hojas, pensando que de pronto alguien más pudiera pasar por allí, uno a uno los fue examinando hasta quedar con la certeza que esos fragmentos nada tenían que ver con el vidrio, ya debo estar cerca, pensó: ¿qué hacían esos pedazos allí? Finalmente los terminó guardando en la mochila, se acercó a la orilla del rumoroso río y antes de poder lavarse la herida, apuntillado por el cansancio, cayó como un fardo sobre la fresca hierba y la noche lo arropó con su fresco manto; el sol, ya caía vencido nuevamente por el horizonte cuando abrió sus ojos para encontrarse con un pequeño venado soche que lo olisqueaba como un perro, de pies a cabeza y de hito en hito, le clavaba una mirada con unos extraños ojos de monte tierno sin mostrar temor alguno.

Se acercó al agua, casi a rastras y bebieron profusamente como si ese fuera el último buche que tomaran, miró su dolorido pie y se encontró con una dura y gruesa costra de sangre que se había secado, lavó cuidadosamente la herida hasta retirar por completo la sangre seca, la herida había desaparecido, solo quedaba en su lugar una pequeña cicatriz de color azul, sin embargo, el dolor no cedía, curiosamente el punto ciego de uno de sus ojos no funcionó y un destello persistente como un espejo puesto contra el sol lo deslumbraba apagándose rápidamente y dejando una estela de luz lechosa que terminaba en el fondo de agua y que lo atraía, además, ignoraba cuando fue el último baño que tuvo, había sido uno de los mejores nadadores olímpicos en sus tiempos de universidad, se lanzó al agua con una agilidad inexplicable ya para sus tiempos, con lo que no contó fue con la profundidad, que fue un engaño para sus ojos, con sus últimas reservas de aire logró llegar al fondo y con sus dedos casi muertos tomó el brillante objeto y lo encerró en su puño convertido en garra, junto a él, creyó ver los ojos del pequeño venado soche que lo miraban con sus ojos de monte tierno.

El quejumbroso y triste balar del pequeño venado soche junto a su oído, lo trajo de regreso obligándolo a abrir los ojos, allí estaba, chorreando agua junto a él, mirándolo fijamente, hubiera jurado que alguien la había dado respiración boca a boca. Tosió fuertemente hasta botar el último bocado de agua alojado en sus pulmones, luego se incorporó despacio, fue hasta su mochila y al tratar de cogerla, le fue imposible, su cerrado puño, no cedió pese a todos sus esfuerzos, debo estar encalambrado se dijo y tomó la mochila con la mano izquierda, volvió la mirada, el pequeño venado ya no estaba.

El dolor de su pie volvió a molestarlo, se miró con detenimiento y ahora parecían como recién salidos de unos zapatos que hace tiempo no tenía. Supo, que le era casi imposible emprender la marcha sin un apoyo, cerca de él, encontró una rama, comprobó su solidez y procedió a quitarle las hojas que tenía, encajó bajo su axila la horqueta de uno de sus extremos y empezó a caminar por donde creyó había desaparecido el venado.

Cantos, voces, himnos, murmullos, todo se le confundía en la mente, orientó sus pasos hacia el lugar de donde provenían los sonidos para caer en un estrecho sendero desde donde pudo ver la majestuosidad de una ceremonia, abajo, sobre una planicie, se levantaba una aldea en cuyo centro y a manera de templo, había una construcción piramidal, donde confluían formando una estrella de cinco puntas, fornidos hombres portando antorchas, en la cúspide, por lo que pudo apreciar, se llevaba a cabo una ceremonia de coronación; fue todo cuanto vio o creyó ver, sus fuerzas habían llegado al límite.

Su pie, había empezado nuevamente a sangrar, el dolor, ahora se multiplicaba, todo le daba vueltas, sobre su barbado rostro, se inclinó una mujer madura que empezaba a encanecer y a quien el tiempo no había podido arrebatarse sus encantos imperiales, lo miró fijamente con unos ojos que él, podía jurar habían sido arrebatados a un felino, se sintió inerme, su estado de total indefensión, le hizo cerrar los ojos. No supo cuánto tiempo llevaba tendido en esa cama, examinó con detenimiento el lugar, todo era rústico pero elaborado y decorado de una forma que cada elemento parecía cumplir una función, todo encajaba, no había nada fuera de lugar, los colores y las formas eran realmente más que un exotismo. Luces deslumbrantes y sonidos intermitentes lo obligaban de continuo a mantener un parpadeo para poder creer que no estaba soñando, la mujer, se inclinó hacia él, un poco más, en una de sus manos llevaba un recipiente del cual se desprendía una columna de humo, introdujo la otra mano bajo su cabeza levantándola un poco.

- Bebe, mensajero, te sentirás mejor.

Todo se fue diluyendo ante sus ojos, solo le quedaba en la última memoria, una traviesa sonrisa de felino, y en ese estado, se volvió a quedar dormido.

Su lecho, estaba ahora rodeado de una corte de ancianos que murmuraban textos en un idioma desconocido, pero cuyas palabras en su mente, eran curiosamente entendibles, inclinados sobre unos signos que habían trazado sobre el piso con tintas vegetales, arrojaban pequeñas porciones de un polvo reluciente que tan pronto caían sobre la figuras, emitían sonidos y destellos ahora solo audibles y visibles para él y los ancianos, poco a poco y a medida que los signos iban desapareciendo, uno a uno de los ancianos se fueron retirando. Afuera, el último anciano con voz tenue dijo:

- Dile a la princesa Wen, que Mai Makú, el mensajero, ha vuelto.

Después, todo se borró ante sus ojos, como si una mano invisible, se los hubiera arrebatado; su puño, seguía cerrado, aferrado a algo que él jamás pudo ver con claridad, la rústica hamaca en que se encontraba, se balanceaba lentamente, mecida por la mano de una brisa suave que alborotaba sus cabellos obligándolo continuamente a quitárselos del rostro, trató de incorporarse, pero una mano femenina posada en su pecho como una delicada garra lo retuvo.

- Espera, aún tu tiempo no ha llegado.

Su debilidad era realmente extrema, al menos. ahora si podía contar las noches y los días, volvió a examinar el lugar y se percató que a un lado de la hamaca, se encontraban unas prendas de vestir primorosamente elaboradas como hechas a su medida, de un blanco reluciente que puestas al sol, obligaba a entrecerrar los ojos, la camisa, de corte campesino, poseía un cuello hacia arriba de corte casi circular adornado por unas figuras geométricas que más parecían una escritura; los pantalones bordados de igual manera en cada una de sus piernas, terminaban en un fino cordón para ser anudado alrededor de los tobillos, lo que más llamó su atención, fue un poncho a manera de ruana donde los colores del arcoíris, tan solo parecían una aproximación, nunca había visto nada semejante.

Afuera, el lamento de una ocarina despertó y alertó todos sus sentidos y marcó la llegada de su tiempo, fue bañado y vestido por una hermosa doncella que lo miraba con unos ojos de monte

tierno y en cuyos labios bailoteaba una sonrisa, trató de hablar, pero el índice de la doncella se posó en sus labios, aún desconcertado, fue conducido luego a las afueras de la aldea, hasta llegar a una vivienda que mirada en la distancia, daba la sensación de ser una nave caída del espacio, fue dejado a prudente distancia, caminó despacio, cojeando, el lacerante dolor de su pie, no lo había dejado y a medida que se acercaba, parecía intensificarse, su cerrado puño le impedía apoyarse en las paredes con la palma de la mano y terminó sentándose en el borde saliente de lo que parecía ser una columna, su acción activó de inmediato lo que él creyó era una alarma, que lo obligó de inmediato a ponerse de pie, todo su cuerpo se había enervado por la fuerte descarga eléctrica recibida, aturdido aún, pudo percibir al fondo del pasillo, una figura femenina, su indumentaria se parecía a la que él llevaba puesta, de un blanco resplandeciente, el espacio que los separaba, fue acortado de manera inexplicable en fracciones de segundo, con un ademán delicado la mujer estiró la mano a manera de invitación y su puño cerrado depositó en la palma de su mano, algo que nunca vio por el destello que emitía pero que liberó las tensiones de su cuerpo y de su mente.

Ese rostro, esos ojos, enmarcados por unas cejas como sacadas de la curvatura de los címbalos, esos ojos arrancados del rostro de un felino, ya los había visto antes, solo que ahora, estaban en un cuerpo diferente; de una de sus manos, pendía la mochila que no encontró por parte alguna, con el cuidado y la delicadeza de quien extrae un tesoro, fue sacando uno por uno los fragmentos de lo que él en principio había considerado fueran vidrios, fue invitado a sentarse en el piso reluciente junto a ella, como si se tratara de armar un rompecabezas, fue uniendo los pequeños fragmentos poco a poco, de hito en hito, levantaba sus ojos para mirarlo, Mai makú, se estremeció involuntariamente, algo no encajaba, la mirada se fue volviendo torva, y sus ojos de felino se clavaron en el ahora ensangrentado pie, todo ocurrió a la velocidad del rayo, la adolescente se llevó una mano a la cabeza y de entre sus cabellos extrajo un afilado estilete que clavo sin compasión alguna dentro de la herida, no tuvo tiempo ni siquiera de gritar, su cara palideció, todo su cuerpo tomó la actitud del rigor mortis, mientras las rodillas de Wen, puestas sobre su pecho lo aprisionaban contra el piso amenazando con quebrar sus huesos, abrasado de un temblor que no podía controlar, sus desorbitados ojos, miraban con incredulidad el pequeño objeto que giraba vertiginosamente en la palma de la mano, las gotas gordas de un sudor frío que rodaban por su frente, le hicieron recordar la medalla de oro ganada en los Olímpicos, ahora, la princesa sonreía, se levantó con lentitud contemplando el fragmento y lo colocó en el espacio que quedaba por llenar de aquél rompecabezas; afuera, se escuchaban cánticos mientras en la habitación, los fragmentos giraban vertiginosamente alrededor de Wen, que quedó envuelta en vértigos de colores hasta casi hacerla desaparecer, poco a poco, todo se fue calmando, ahora, la princesa tenía en sus manos una delgada laminilla que introdujo cuidadosamente en un objeto que el mensajero en su puño había guardado, Wen, levantó la mirada con aire de satisfacción y dijo:

- El tiempo del tiempo ha llegado, ven mensajero, sígueme, ¿hablas mi lengua?

Los labios de Wen no se habían movido, solo sonreía mostrando unos dientes felinos parejos y brillantes, Mai Makú, recordó que, en su época de estudiante, un anciano maestro de Antropología, les hablaba del antiquísimo lenguaje del silencio, ahora, todo era entendible para su mente, aturdido por el descubrimiento que creía solo había sido una falacia, siguió caminando como un autómatas, los misterios del cosmos, le habían sido revelados. Su herida como el dolor, habían desaparecido por completo, no quedaba ni siquiera la reluciente cicatriz, sentado junto a ella, se percató de un pequeño perro blanco echado a sus pies como si se hubiera desprendido de la túnica de Wen.

- Es cosmos dijo ella, sin mover los labios, solo aparece como anuncio de los grandes acontecimientos, ¿has visto salir el sol dos veces en el mismo día? Pues mira lo que tus ojos jamás han mirado, ¿has escuchado las armonías de los dioses que jamás han perecido? Pues escucha lo que tus oídos jamás han percibido.

- Ven mira al hombre y a la tierra nueva.

Y Mai Makú, fue sacado, miró una tierra y unos hombres como recién nacidos donde la palabra discordia aún no había nacido en la tierra ni en el corazón del hombre nuevo.

- Ahora, vuelve al principio del camino de los tiempos y cuenta lo que tus ojos han visto, los que tus oídos han escuchado, diles, que la sangre de la tierra siempre ha sido nuestra, ve y diles, que volveremos por ella cuando el hombre haya sacrificado al último profeta que gritaba las verdades, ve y cuenta, que Mai Makú, vivirá por siempre en el corazón de la tierra y en el alma del último sacrificado, ve, que tu tiempo aquí, ha terminado.

Lo último que sus ojos vieron, fue levantarse el sol dos veces mientras las armonías celestiales, invadían sus tímpanos acompañando el fúnebre cortejo de su cuerpo que desaparecía vuelto polvo.

“SOFONIAS” UNA CRONICA PERRUNA

La noche, había caído como un sombrero enorme sobre el mundo, Sacha, una perra callejera, negra como su mala suerte, a la que los carniceros del mercado alimentaban de vez en cuando lanzándole gañotes largos que ella cogía en el aire, se empezó a pasear inquieta de arriba abajo, los andenes del mercado, siempre fueron su mejor lugar para dormir, ahora, la situación había cambiado, necesitaba un lugar seguro, abrigado, protegido de la intemperie; en su búsqueda, logró encontrar un espacio en la alambrada rota que separaba la orilla del río de las calles de la ciudad. El momento había llegado.

Como pudo, se introdujo entre unos matorrales que cubrían la entrada de una cueva que había servido de vivienda a unos habitantes de la calle, allí encontró lo que necesitaba, unos trapos viejos con los que improvisó una cama; miró para todos los lados y cuando estuvo seguro de no ser interrumpida, se echó cuan larga era, resopló hondamente y cerró sus ojos. Uno a uno fueron apareciendo los cachorros, a medida que salían, Sacha, los iba lamiendo con su lengua tibia, aseándolos como si les diera la bienvenida, el último en aparecer fue “Sofonías”, extremadamente pequeño, delgado, casi enclenque, a diferencia de sus hermanos, grandes, fuertes, robustos.

Hacía frío, Sacha, se enroscó sobre sí misma dejando en el centro a los recién nacidos, acercó su hocico sobre ellos y empezó a respirar encima para darles un poco de calor. Se había metido en la grande, alimentar cinco bocas, no iba a ser nada fácil, a decir verdad, cuatro y media, “Sofonías”, por ser el más pequeño, siempre se quedaba con las sobras de comida que los otros dejaban, la cortedad de sus patas, no le permitían alcanzar las tetas de Sacha, por lo que esta tenía que tirarse al piso, de mala gana, en cuanto pudo, Sofonías, siempre terminó por llenar su estómago con cuanto bicho se movía a su alrededor, su vida no era fácil, no vivía, sobrevivía.

Las orillas del río, habían sido, invadidas por indigentes que llegaban a la ciudad traídos desde otros lugares en camiones y arrojados en cualquier esquina en altas horas de la noche para

engrosar los cordones de miseria que rodeaban la ciudad, volviéndola invivible y carente de seguridad.

“Sofonías”, fue mirando que con el tiempo, uno a uno, sus hermanos fueron desapareciendo, cada atardecer, cuando Sacha volvía con sus largos gañotes de comida para ellos, alguno faltaba y salía enloquecida a buscarlo, al anochecer volvía silenciosa, con sus ojos caídos, tristes, aullaba largo rato y terminaba por meterse en la cueva donde “Sofonías” la esperaba paciente con sus ojos de lágrimas de sol que le había heredado en medio de todas sus carencias, solo quedaba él, a la espera siempre de su madre que le trajera en las noches, algo de comer.

Ese día, esperó y esperó, Sacha, no apareció, se asomó tímidamente a la entrada de la cueva y ensayó sus primeros latidos tratando de llamarla, nada, todo en vano, lo que nunca supo, porque nadie se lo dijo, es que a Sacha la mató un carro cuando uno de los carniceros le tiró a la calle el consabido desperdicio de carne, Sacha por fortuna, no sintió nada, su cuerpo quedó bajo las ruedas de un carro que siguió su marcha como si nada había ocurrido, su último pensamiento voló hacia unos ojos pequeñitos como gotitas de sol, que siempre la esperaban.

Su cuerpo, fue lanzado al río, desapareció en un recodo arrastrado, por la corriente y adornado por la espuma de las aguas como si fueran rosas blancas enviadas por el cielo, como un cortejo fúnebre para conducirla al paraíso de los perros. Finalmente, Sacha, no llegó, “Sofonías” con sus ojos de lágrimas de sol, se fue al fondo de la madriguera, su instinto le decía que había quedado solo, desamparado.

Al día siguiente, el hambre lo obligó a salir, una manos duras, negras, sucias, cayeron sobre él como unas zarpas, chilló, se debatió lo más que pudo y finalmente, se declaró vencido, el mismo indigente que había atrapado sus hermanos para ser vendidos, había caído sobre él, fue ofertado aquí y allá, pero en las carnes que tenía, nadie lo compró, finalmente fue a parar al cambuche para compartir la insultante miseria a que eran sometidos los desheredados del, poder y la fortuna.

La suciedad lo fue cubriendo poco a poco, su pelaje negro, se fue cayendo y en su lugar aparecieron unas duras costras que le picaban y lo obligaban a rascarse diseminando con ello la enfermedad por el resto de su cuerpo, las mismas manos que lo arrebataron de su cubil, ahora lo envolvieron en un trapo sucio para luego ser tirado en medio de los escombros de una casa vieja, allí fue dejado para que la enfermedad hiciera su trabajo y el hambre terminara por cerrar sus ojos. Nunca supo cuánto tiempo estuvo allí.

“Sofonías”, en su último estado de conciencia, se sintió levantado en el aire, debe ser mi alma de perro que se eleva al cielo para ir al encuentro de mi madre, pensó, ya nada le importaba y se abandonó a su suerte.

¡Qué lindo es estar muerto! Se dijo, en el cielo, hay confort, a uno lo bañan con agua caliente, luego lo arropan con un paño suave, igual de calentico, lo meten en una cajita que luego cierran con cuidado, que bueno que todos los perros como o yo, se murieran, cuando uno ya no tiene fuerzas, aquí, le dan de comer en la boca, le curan las heridas procurando que a uno no le duelan mucho, lo sacan al sol, para jugar con otros perros muy bonitos, aquí, lo llevan al médico, lo visitan con frecuencia, preguntan por uno como si fuera alguien importante y eso, a uno lo hace feliz.

“Sofonías”, abrió sus ojos de lágrimas de sol y se encontró con unos, ojos risueños y unas manos tiernas que lo acariciaban con amor mientras lo hundían en unas aguas termales que poco a poco fueron cicatrizando sus heridas y curando su enfermedad. No, no estaba muerto, pero, de todas formas, esto era el cielo, su nueva dueña, según supo después, tenía alma y corazón de perro, por eso los amaba tanto, “Sofonías”, hasta se aprendió su nombre, era toda una joya. Se llamaba Rubby.

Un día, el panorama se empezó a ensombrecer, ya se decía, que de eso tan bueno, no daban tanto, algo pasaba en la casa de su nueva dueña, una voz que nunca pude identificar, y que siempre me dio miedo, hablaba de echar los perros y los gatos a la calle, nos acusaban de ser los culpables de no sé qué cosas, “Taxi”, mi mejor amigo, un perrito pequeño, negro como el carbón, fue a parar al monte, “Juana”, una perrita blanca que era la veterana de la casa, fue llevada a otro lugar donde después contaba ella, la alimentaban a punta de zanahoria, los gatos, fueron más listos y huyeron del lugar, yo, fui el más suertudo, por mí, llegaron una Señora y una niña que se enamoraron de mis ojos, atrás quedaba “Toña”, una diminuta perra, tan pequeña que casi no ocupaba lugar, y que era la consentida, ella, se salvó de los exilios.

Mientras el carro corría por unas calles desconocidas para mí, me fui pensando, que los perros no debimos venir al mundo de los hombres para alegrar sus días, pues parece que su corazón solo es compatible con el mundo de los tigres, los lobos y las hienas, sin embargo, para algunos como yo, por fortuna siempre existen almas y corazones nobles que terminan por hacer la diferencia y nos hacen soñar con un mundo mejor para los perros.

RELIQUIAS

Se decía y con mucha certeza, que Justiniano Quiroga, era un sobreviviente de la guerra de los mil días, que fue elevado a grado de Sargento y condecorado en la guerra del Perú, que era un hombre fugado de los pájaros, sobreviviente de la chusma, de los Guerros y Paracos, que sus desventuras y aventuras, yacían regadas en historias por toda la agreste soledad de un estado que se masturbaba en burdas condecoraciones mientras a sus espaldas le cavaba una sepultura de olvido, de hambre y de miseria.

Orillado entre sus arrinconados trastos, fijó como al descuido sus marchitos, ojos en su viejo fusil perdigonero, una reliquia que meticulosamente, como buen soldado engrasaba, limpiaba, armaba y desarmaba por si las moscas lo llamaban para defender el narco Estado en los días por venir.

UNIVERSAL

El tren de la vida se deslizaba silencioso sobre los rieles del universo, en todas las estaciones, subían y bajaban seres de todos los pelambres, de todos los tamaños, de todos los colores, era algo interminable, a lo largo del trayecto, se encontraban estaciones para todos, las había para niños, para jóvenes, para adultos, y la más alejada, era para los ancianos, todos, absolutamente todos, abordaban el tren a sabiendas que siempre el final los esperaba.

Tutanka, se había subido un poco más allá de las estrellas, sentado en un rincón, todo lo observaba, silencioso calculando en cada pasajero la diagonal de su caída y la elipse de su futuro incierto; los recuerdos, no se habían hecho para él, por lo tanto, nunca supo en qué estación se

había subido, asunto que nunca tuvo del que preocuparse, aunque sabía de antemano, que en algún lugar tenía que bajarse porque algo o alguien lo esperaba.

Apeado de su viaje, miró con grandes ojos todo cuanto le rodeaba y no le gustaba mucho pero ya estaba ahí, solo, circundado de la nada, todo estaba por hacer, por empezar... de pronto, se sintió vacío, desnudo, con frío, con hambre, desvalido en medio de ese universo que expectante lo miraba, vio sus manos, su cuerpo, miró sus ojos, y se dio cuenta que en el tren del universo. lo había dejado todo, su raído manto, su cayado, sus siete peces negros y sus siete peces blancos, había que volver de inmediato antes que el tren partiera, dio un salto prodigioso que puso a temblar el universo y para su fortuna, el tren aún no había partido, en el lugar que antes ocupara, alguien lo esperaba, sus ojos eran inmensos, su piel, había sido tostada por el tiempo de la espera, ahí estaba como si siempre hubiera estado.

Tutanka, se inclinó en leve reverencia de saludo y recibió lo que en su urgencia había olvidado, en compensación. le otorgó parte de su raído manto, parte de sus siete peces negros y parte de sus siete peces blancos, su espera, aún no tenía nombre por lo que no podía verlo bien, así que lo llamó Guantiki, que en idioma universal significa “El Centinela que siempre espera.”

Tutanka, tomó su cayado y seguido de Guantiki saltaron del tren para caer lentos como unos ángeles enviados por el cielo, descendieron sobre un mar azul, para que no se ahogaran, los maravillados peces, sacaron presurosos del fondo de los mares, el más brillante de los barcos naufragados, Tutanka, bendijo su gesto y al momento todos los animales del mar se multiplicaron por miles de millones.

Las orillas, siempre han existido en todos los caminos y todos han tenido su principio y su final; las playas del mar, estaban vacías, calladas, Guantiki, recordó un canto que le enseñara Tutanka al principio de los tiempos y empezó a tararearlo iluminado, entre tanto, Tutanka, dibujaba en las arenas incomprensibles signos, miraba de reojo y sonreía, Guantiki, embriagado por el licor de la vida, danzaba y cantaba enloquecido y ya no escuchó otras voces que no fueran las de los seres que habían brotado de los signos de Tutanka, en su embriaguez todo lo olvidaron... todo lo que empieza, tiene su final, Tutanka, se había marchado, nuevamente solo, con un dejo de tristeza entre sus labios, nadie lo vio.

Los viejos marineros cuentan que sus ancestros les contaron a sus ancestros más antiguos, que Guantiki, lo había olvidado, y que los peces del mar le repetían que “un olvido, se paga con otro olvido”. Y cuentan que Guantiki, arrepentido, pidió perdón al cielo y se lanzó mar adentro buscando lo que jamás encontraría, los peces repetían, no busques en el agua, no busques en la tierra, no busques en el aire, busca donde nadie busca, busca en tu ingrato corazón.

UNA CARTA

Queridos hermanos:

Cuando escribo esto, son las cuatro de la mañana y el sueño sigue esquivo, quizá por el cansancio del día, por el dolor que nos embarga, por muchas razones, sé que, a ustedes, les pasa lo mismo, al menos eso pienso.

Todos estamos doloridos y angustiados en alguna medida por lo de nuestra madre, hoy he pensado, que ella no se ha marchado de este mundo, no por la fortaleza de su cuerpo, sino porque no la estamos dejando ir en paz, porque nos duele su partida, su pérdida, porque con ella nos

hemos equivocado en muchas ocasiones y la hemos hecho llorar, no se ha marchado, por las penas que le hemos causado, aunque demasiado tarde, es hora de pedirle perdón.

Ella, desde donde está nos escucha aún, nos ve, sabe que no estamos en paz, que no estamos unidos como buenos hermanos, este no es el momento de acusarnos los unos a los otros, de pedirnos cuentas, es la hora de olvidarnos de eso, que no hay, que no ha habido jamás mala intención en lo que se ha hecho por sacar adelante la vida y la salud de nuestra madre, es hora de perdonarnos cosas que hemos dicho o hecho tal vez empujados por nuestro dolor y que no hemos sabido cómo manifestarlo y lo hemos hecho de la forma menos adecuada, no persistamos en eso, no es nada sano ni bueno para nadie, suficiente dolor tenemos por la pérdida o la enfermedad de nuestra madre.

Nuestra madre, se resiste a partir, porque no estamos en paz, pongámonos en paz con nosotros, entre nosotros, solo así podemos ir hacia ella y hablarle, despedirnos, decirle cuanto la hemos amado y cuanto la amamos, y la seguiremos amando, que como se a encontrar con nuestro papá, que lo salude y que aún lo seguimos queriendo, amando y que como a ella, no los vamos a olvidar mientras tengamos un hálito de vida; cada uno debemos hablar con ella, decirle cuanto le agradecemos todo lo que ha hecho por y con nosotros, que ha sido la madre más buena que haya dado el mundo y que gracias a ella, hemos logrado salir adelante, que se puede ir tranquila, que su misión de madre, aquí ya ha terminado, que nos bendiga desde el lugar donde se encuentra, que sepa que vamos a extrañarla mucho, pero que vamos a estar bien. Cuando hablemos con ella, no lloremos, serenémonos primero, no le gustaría vernos es ese estado, le causaríamos un dolor más y eso no lo queremos ni le gustaría, que se vaya alegre, contenta de que deja unos hijos felices, unidos y en paz, digámosle todo lo que tengamos en nuestro corazón, ella nos escucha, aunque parezca mentira, pero lo está haciendo, cuando le hemos hablado, la hemos visto sonreír.

Qué por Ruby, no se preocupe, que todos vamos a estar pendientes de ella, que nada le va a faltar, que Yenni y Esteban, están muy pendientes, qué de Cali, los muchachos llaman mucho, igual de Bogotá, que los perritos ya están volviendo a casa, que la Toña la extraña mucho y que pregunta por ella, también los gatos, que a la tienda ya no hay dónde ponerle un confite más. Aún nos queda tiempo de decirle cuanto le tengamos que decir con todo el amor del mundo, ella aún nos está dando una oportunidad, no la desperdiciemos.

Si esta es la ocasión más propicia de pedirles perdón a mis hermanos, les pido perdón, porque mi madre, ya me ha perdonado y después de Dios, es el máximo perdón al que puedo aspirar, bendita sea nuestra madre por gran corazón.

Que El Señor nos fortaleza y nos bendiga a todos.